

mos una pieza teatral nuestra y sacáramos de su texto todas las palabras que no se usan o que solamente las usan los entedidos que por lo regular no concurren a las salas, la obra quedaría reducida a la mitad. Hay varias maneras de entender una obra y lo más común es que la obra sea entendida a medias. Nos referimos a esas obras de "tesis" donde salen a relucir un sinfín de "ataraxias" y "tú eres" y "tú tienes" y otras complicaciones verbales. Si un hombre habla mal en la realidad no sabemos qué razones puede aducir el autor para hacerlo hablar bien cuando lo planta en el escenario. El lenguaje de cada individuo forma parte de su psicología. Tan fal-

so resulta un personaje cuando habla bien porque el autor conoce el idioma, como cuando habla mal porque el autor lo desconoce. Porque el teatro nacional tiene dos especímenes de autores: el que habla falsamente bien y el que habla falsamente mal. Cuando un personaje habla su lenguaje no se advierte ninguna de las dos cosas: ni de que habla bien, ni de que habla mal, porque habla lo justo.

En verdad, de verdad, que en vez de comenzar por el final que es la renovación, sería más sensato comenzar por el principio que es el abecedario...

R. Chaves.

NUESTRO PRIMER NÚMERO

Nos declaramos satisfechos de la acogida que se le ha dispensado a nuestra publicación. Vemos realizado uno de nuestros deseos: que a nadie se le caiga de las manos por pesada o por inocua. Y este otro: que produzca la inquietud en la conciencia del lector inteligente. También esto último parecería que lo hemos conseguido. En efecto, ninguno al leerla ha podido mostrarse indiferente. Hay quienes nos envían aplausos expresivos por la obra de salubridad intelectual que IZQUIERDA se dispone a realizar en este medio; y quienes han perdido la serenidad, como si presintiesen un desplazamiento. Otros, animados de generosas intenciones, nos envían artículos y consejos, que por cierto agradecemos de todo corazón, reservándonos, naturalmente, el derecho de no aceptarlos. Nosotros sabemos cuáles son los temas refritos que no debemos tocar para no hastiar al lector, y cuáles son los escritos que nada tienen que hacer porque nada tienen que decir, en una revista como la nuestra.

Aunque para muchos esto del izquierdismo sea una cosa rara que no figura en el libro de recetas de quienes tienen bien registradas todas las fórmulas farmacéuticas de la revolución, para nosotros es más clara que la luz del alba.

No pensamos convencer con palabras, palabras y palabras. Somos de los que convencen con la acción; esto es, de los que refutan toda crítica maligna con toda una vida de probado desinterés y comprobada valentía intelectual.

Por eso la maledicencia rebota en nuestro amor propio como la bala sobre el mármol de la estatua.

Un diario socialista advertido del importante rol que nuestra revista viene a desempeñar en la prensa libre del país, da su toque de alarma en un editorial lleno de cavilaciones y recelos, preguntándose qué será esta nueva herejía del izquierdismo. Y como la única pesadilla de los jefes en decadencia de nuestro fracasado socialismo criollo, es Irigoyen, único fantasma que los persigue y a quienes ellos cargan con la culpa de todos los pecados del pueblo como al chivo de Israel, es natural que se miren entre sí angustiados y con los ojos muy abiertos, preguntándose: ¿no serán éstos también irigoyenistas?

Parece mentira que estos hombres viejos, con más de medio siglo a cuesta, no hayan aprendido nada en esta vida, ni siquiera a distinguir al hombre del hombre; ni siquiera a ser buenos políticos entre los políticos, donde ellos se mueven y respiran como el pez en el agua, o como el batracio en la charca.

¿Por qué hablan desde el Sinaí, estos ciudadanos, como si ellos fuesen los únicos que están limpios de pecados? Que la política burguesa sea una porquería, a nadie toma de sorpresa. ¿Pero, ha sido mejor y más limpia, acaso, la del sector socialista que la de los demás sectores? ¿Por qué han llevado estos últimos su partido al descrédito, perdiendo lo único que hasta ahora habían conquistado (no para la clase que dicen representar sino para sí) que eran sus bancas en el parlamento?

Por muchos que sean los delitos de la vieja política utilitaria representada por los partidos tradicionales, nada hay tan vulnerable, sin embargo, como la moral y el prestigio del partido socialista; no por su capacidad para el mal, sino por su absoluta incapacidad para el bien demostrada por casi veinte años de estéril acción parlamentaria. Desperdiciaron miserablemente el papel histórico que les estaba reservado en nuestra evolución política. Se gastaron en peleas domésticas dentro del partido y en escaramuzas triviales dentro del parlamento, sin levantar en ningún momento el punto de mira hacia la realización de los ideales del socialismo, porque esto ya no era cuestión de discursos de mucho arco y poca flecha, sino cuestión de pantalones, y nuestros doctores del socialismo, francamente, nunca tuvieron fundillos de revolucionarios. Por eso van quedándose tan solos y por eso continúan temiendo que alguien venga a dispersarles el reducido rebaño electoral que aún poseen.

Tranquilícense por ese lado los políticos socialistas. Nunca hemos pertenecido a ningún rebaño, ni aspiramos a crear otros nuevos con fines electoralistas.

Tenemos de la política un concepto propio, claro, limpio y de una extraordinaria valentía moral, que nada tiene de común con el de los políticos militantes de hoy, para quienes el ejercicio de la ciudadanía sólo consiste en votar.

Contamos con hombres de capacidad y responsabilidad en nuestro elenco periodístico para abordar el tema de la nueva política, destinada no a resucitar muertos ni a arrebañar multitudes ignoras, sino a movilizar conciencias, y a encauzar las fuerzas morales y cívicas que existen en la clase media y proletaria del país, para pelear práctica más que teóricamente, por el pan, por la libertad y por la cultura del pueblo.

El movimiento de los intelectuales izquierdistas no es de doctrina ortodoxa, sino una reacción natural contra toda ortodoxia doctrinaria, la cual ha producido el caos en los espíritus y la bancarrota de la organización obrera.

Lo que nosotros queremos salvar no es ningún "ismo", sino el espíritu revolucionario traducido en acción frente a los hechos reales de nuestra existencia social. En tal sentido, no nos pagamos de etiquetas ideológicas ni tenemos prejuicios para los hombres que se allegan a nosotros.

Entre los mismos socialistas creemos que hay personas dignas de la mayor estimación y respeto. Si alguna vez necesitamos combatir a quienes hicieron del socialismo la carabina de Ambrosio, no será ni con la injuria ni con la mentira. Esas son armas que se las dejamos a los malos periodistas del mal socialismo, quienes no es la primera vez que atribuyen venalidad política a personas de esta redacción, de una de las cuales llegaron a decir que lo había comprado Irigoyen con un puesto de inspector de enseñanza secundaria rentado con 800 pesos mensuales. Tan inverecunda como aquella, es la afirmación que repiten ahora diciendo que el diario obrero "El Trabajo" fué irigoyenista.

Y creemos haber despejado con estas palabras las dudas de quienes nos leen... sin acabar de saber qué es lo que leen.